

MIGUEL ANTONIO CARO

Por JORGE GOMEZ RESTREPO

Al decir de un adversario suyo, cuando el señor Caro descendía a la arena literaria, lo hacía a la manera de los antiguos caballeros cuando bajaban al estadio: armado de todas armas y en la diestra la espada luminosa de la idea. Empero, en las lides políticas, su arma era la maza de Hércules con la cual aplastaba a sus enemigos. En otras ocasiones, su aspecto era el de un león, desplegada al viento la melena y lanzando rugidos de rabia, de furor y de desprecio. En el conflicto de Panamá, él llevó la voz de la república de Colombia. Nuevo David, lanzó su honda contra el Goliat del Norte y aun cuando éste salió triunfante en apariencia, al cabo de algún tiempo reconoció en acto de trascendencia expresiva que el vencedor había sido el vencido.

Como autor de la Constitución de 1886, dotó a su patria, a la que tanto amaba, de una carta política que ha desafiado el correr de los años y una larga serie de embates, resultando, a la postre, la más digna de regir a nuestro pueblo, porque supo, en síntesis admirable, combinar el orden, primera ley de la naturaleza, con la libertad que tanto amamos, pues nosotros los colombianos, al decir de un escritor, somos como el pueblo inglés: amantes fervorosos de la libertad, enemigos jurados de todo despotismo.

Como poeta original, tanto en su inmortal oda *A la estatua del Libertador*, como en sus *Horas de Amor*, en sus poesías latinas y otras composiciones, rayó a grande altura. En sus traducciones poéticas, en especial en sus *Obras de Virgilio*, no tiene rival en castellano. Como crítico, se puede paran-

gonar con los grandes maestros del género en la Europa del siglo XIX, especialmente con Sainte-Beuve y Menéndez Pelayo. Su estudio sobre Virgilio se puede poner a la par con el del primero de aquellos críticos.

En materias políticas y económicas sus escritos son de actualidad por la sabiduría que en ellos despliega, adelantándose a las teorías modernas, especialmente en materia de moneda.

Por eso hoy, que celebramos el centenario de su nacimiento, un coro unánime de alabanzas se eleva al colombiano que mejor representa a nuestra patria en todos los órdenes de la inteligencia y en la austeridad de las costumbres, de todo lo cual dio las más altas muestras y los más notables ejemplos para espejo de las futuras generaciones.

EN EL CENTENARIO DE UN NIETO DE ESPAÑA

EL COLOMBIANO DON MIGUEL ANTONIO CARO

Por GAMALLO FIERRO,

Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras, profesor de Literatura Castellana en los Institutos de Airlar y de Lugo, y entusiasta por la literatura Hispanoamericana y en especial de la colombiana.

Siempre hemos entendido la literatura castellana en su triple proyección continental: la Península, América, las Filipinas, y hemos juzgado que deben estudiarse en un pie de igualdad al poeta castellanista nacido en la Pamplona colombiana o el Trujillo mejicano y al lírico amanecido sobre la Pamplona de la Navarra peninsular, o sobre el Trujillo de la tierra de los conquistadores.

Si nos penetramos de esta conciencia de vastísimo radio de acción, se justifica maravillosamente la tensión de espíritu con que evocamos hoy la vida y la obra de un máximo de Hispanoamérica: don Miguel Antonio Caro, nacido en Bogotá —la capital de Colombia— hace hoy justamente cien años, el 10 de

